

mundo gráfico

Miércoles, 15 de
Septiembre de 1937

AÑO XXVII
Número 1350
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



El Ejército de la victoria

He aquí dos momentos de las maniobras, admirables de precisión y de eficacia, que el Ejército Popular celebró recientemente en un sector del Centro. Ejercicios y movimientos tácticos que pusieron de manifiesto, una vez más, la magistral organización a que han llegado nuestras tropas (Fots. Mayo)



IMAGENES de la evacuación de un pueblo aragonés

Otro pueblo aragonés victoriosamente rescatado: Quinto. Las fuerzas evacúan a la población civil para evitar que pueda sufrir los daños de los bombardeos. Ved el sobrio patetismo de esa estampa en que un soldado leal lleva sobre el caballo a un chiquitín. Ved, abajo, esas otras dos escenas en que las mujeres salen del pueblo.



La última guardia del soldado

Todos los relojes de la calle se pararon de pronto. En el número 17 acababa de caer un obús. Hasta el silencio pesado de la calle sin transeúntes, envuelta en noche espesa de sombras, llegaba, lejano, el pulso de acero de las ametralladoras y el vómito violento de los morteros. Con el obús, la calle se llenó de pronto de ruidos insospechados, de humo espeso y de polvo encorajinado hecho de piedras y ladrillos molidos instantáneamente. El 17 se estaba fumando, a la luz medrosa que alumbraron de pronto las casas fronterizas, el humo de la explosión por la boca que abrió el obús.

En el interior del piso, rasgado por la explosión, había tres personas: una mujer, un hombre y un niño recién nacido. Pocas horas antes había abierto los ojos al mundo en el piso proletario hasta el que llegaba el ruido metálico de la guerra, que los ayes de la madre no habían logrado borrar. El hombre había llegado poco antes de las trincheras, con un rápido permiso para conocer al hijo que le iba a nacer de un momento a otro. Por el camino vino deborando distancias por carreteras que, a veces, gemían con un ruido seco de asfalto levantado por las máquinas enemigas. Era, en su compañía lo recordaban constantemente los oficiales para la noble emulación de los demás, un magnífico soldado del pueblo. Cuando el 18 de Julio llamó con aldabonazos violentos en la puerta de todos los proletarios conscientes, su primer impulso le colocó en el lugar de su deber. Por las calles que circundaban el cuartel de la Montaña se le vio la madrugada anterior a la reconquista, con un fusil en la mano, dando órdenes con una serena frialdad que paralizaba para siempre el aturdimiento de los nerviosos. En la noche con luminarias fugaces de pólvora iba de un lado a otro su perfil de obrero fuerte, supliendo con su previsión la falta de elementos en muchos lugares de ataque. Por sus manos encallecidas y laboriosas pasaron muchos de los proyectiles de artillería con que el arrojado de los atacantes empezó a morder en las paredes del cuartel. Luego... toda la gesta heroica de aquellos primeros

días: la conquista de los cantones próximos a Madrid, el asalto a Toledo hasta encerrar en el Alcázar a los sublevados, la toma de Alcalá de Henares, la entrada en Guadalajara junto a aquel ejemplo de soldados heroicos y serenos que era el comandante Ristori. Más tarde, el avance incontenible de la Alcarria, por entre la nieve, que parecía querer dificultar una marcha de conquista incontenible. Y, por último, en lugares próximos a Madrid, en las posiciones avanzadas de un rosario de pueblos subrayados ya de historia heroica para que sean inolvidables en la memoria del futuro. Un año largo de guerra, con escasos permisos breves, le había tenido de protagonista a la hora de convertir el pecho generoso y sin palpitación de miedo en barrera infranqueable para la actividad del enemigo.

Había llegado poco antes de estallar el obús. En la cama pobre estaba la compañera, pálida, como de cera, por el esfuerzo del parto. Sobre la mesita de noche había en un vaso de porcelana modesta una flor roja, como una sonrisa en medio de la casi desnudez de la alcoba. Junto a la madre, el hijo recién nacido, al que sólo le faltaba ese halo luminoso que tienen las litografías glorificadoras de la infancia. Y el padre, cerca de los dos, velando el sueño de uno y el descanso de la otra.

De pronto se les paró el pulso a todos los relojes de la calle. Y el 17 empezó a echar el humo de la explosión por la boca desgarrada que abrió el obús.

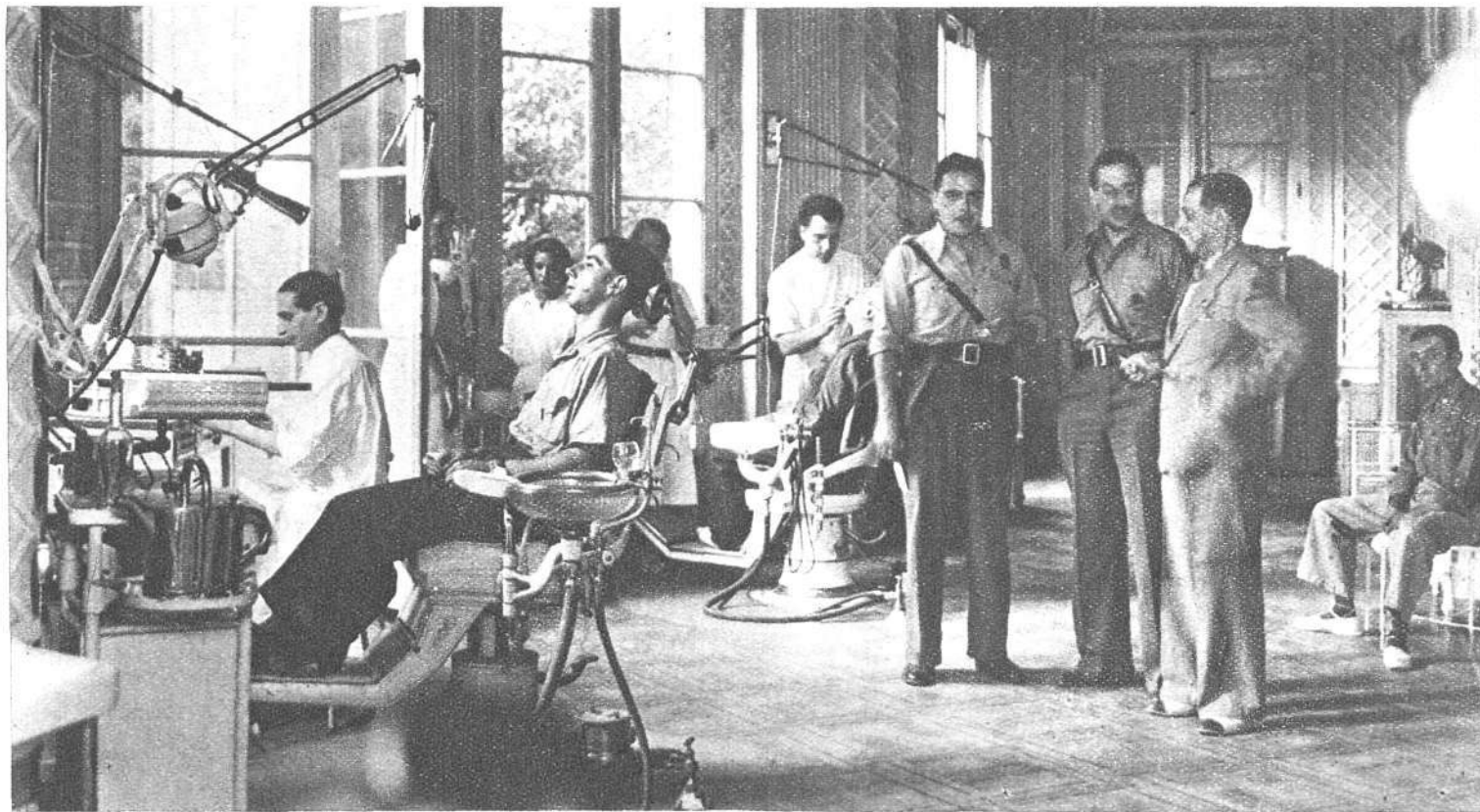
Cuando acudieron los vecinos, con miedo por la posible repetición del impacto, en-

contraron la alcoba destrozada. El armario de luna comprado en largos plazos de esfuerzo tenía un rasgón fatalista en el agua muerta del espejo. Los hierros del balcón se habían retorcido en garabatos desesperados. Bajo un montón de cascotes, con falso humo de cal todavía, estaba la cama revuelta y destrozada. En ella, la madre y el niño, con un engarce rojo de sangre caliente entre los dos. Junto a ellos, todavía en la silla, el padre. Sin herida aparente; pero muerto. Las vecinas tuvieron que moverle reiteradamente para aceptar la conclusión sin esperanzas. Dando guardia al sueño del hijo y al reposo de la madre, le sorprendió la explosión del obús. Dándoles guardia seguía. Pero ahora duermen ya para siempre los tres.

ANTONIO OTERO SECO

(Fot. Vide)

Las clínicas militares de Odontología



Miguel Morayta, mayor-jefe de la Sección de Odontología del Ejército del Centro, y el capitán Sabrás, jefe odontológico del 2.º Cuerpo de Ejército, en uno de los gabinetes de las clínicas militares de Odontología (Fot. Videca)

No existían antes de la guerra. Como no existían tantas otras cosas que la voluntad formidable del pueblo ha sabido improvisar para su defensa.

En el Ejército no existía un Cuerpo de Odontólogos Militares. Se era esclavo de una rutina negligente que, aunque parezca mentira, todavía aqueja a mucha gente: la de creer que el cuidado de la boca significa coquetería, y que no hay que visitar el gabinete de un dentista sino cuando el dolor nos aqueja.

Abandono hijo de la ignorancia, que, como tantas otras desidias, nos ha originado grandes quebrantos. La boca es, al certero decir clásico, la puerta de la salud. Su pulcritud no sólo es decoro, sino también fortaleza. Una boca sana y limpia es la muestra de un organismo robusto. Y en la guerra, como en la paz, en los hombres sanos y fuertes radican los triunfos del porvenir.

No existían antes de la guerra los odontólogos, ni las clínicas especialistas militares. Lo que es hoy una brillante realidad en nuestro Ejército Popular empezó a gestarse en 1.º de Agosto del año pasado, cuando se realizó la incautación del Colegio Oficial de Odontología de la primera región por una Junta que formaron Miguel Morayta, Ricardo Vázquez, Antonio Sánchez, Miguel Cadenas, Mario Lagunilla y Fernando Sabrás.

El hoy capitán Sabrás es quien nos informa del proceso seguido por la organización de los servicios odontológicos, que hoy son uno de los más eficientes en la Sanidad del Ejército Popular:

—Lo primero que hicimos—nos dice—fue utilizar para los milicianos las clínicas instaladas en el llamado palacio Aguilar. El trabajo fue abrumador desde los primeros instantes, pues hubo días en que se prestaron trescientos servicios. En seguida montamos los servicios en los frentes, siendo las

primeras clínicas de urgencia que se instalaron las de los puertos de Navacerrada, Guadarrama, El Escorial, Buitrago y Lozoyuela, todas ellas servidas por personal civil, que trabajaba de un modo absolutamente desinteresado.

El primer efecto que se consiguió fue el de evitar los desplazamientos a Madrid de los luchadores. El sufrir de la boca dejó de ser pretexto para abandonar el campo, puesto que allí, en las mismas trincheras, tenían nuestros bravos milicianos los servicios odontológicos.

—¿Qué influencia tienen las enfermedades o dolencias de la boca en la sanidad del Ejército?

—Tenemos hecha la estadística—responde Sabrás—. Y ella demuestra que antes de estar funcionando nuestros servicios, las bajas en una brigada, y por esta causa, llegaban a trescientas por mes. Después de nuestra organización, las bajas por brigada en todo un Cuerpo de Ejército se han reducido a tres mensuales.

—¿Qué enfermedades son las más frecuentes en el Ejército?

—La carencia en ciertos períodos de frutas y verduras han producido casos de avitaminosis, que en la dentadura originan estomatitis úlcero-membranosas. Pero de esta dolencia, conocida profesionalmente con el nombre de «mal de las trincheras», se han dado pocos casos. Pero precisamente porque ha habido mucha lucha de trincheras ha habido muchos heridos de cara. Por eso los más importantes servicios son los de cirugía maxilofacial. A estos heridos se les opera en los hospitales 1 y 6, y como exigen un tratamiento largo, se les evacua al hospital de cirugía maxilofacial, instalado en un lugar tranquilo de Levante, donde son asistidos por los que pudiéramos llamar nuestros ases, pues allí están los catedráticos de

Odontología y los más ilustres profesionales.

—¿Qué fruto ha dado vuestra labor?

—Aparte la que es más importante, o sea la de evitar bajas y contribuir a mejorar el estado sanitario del Ejército, que era nuestro principal objetivo, hemos conseguido una vieja aspiración profesional: que se haya conseguido la creación del Cuerpo de Odontólogos Militares, que no existía antes de la guerra. Ya se han decretado las plantillas, y ahora se está haciendo la estructuración.

—Aparte la puramente profesional, ¿qué otra labor realizan en la guerra los odontólogos?

—La principal y la que más nos preocupa, pues que tenemos en cuenta las experiencias de la guerra europea, es la de realizar una continua e intensa propaganda higienista entre los soldados. Hay todavía quien no le da importancia a sus dientes hasta que no le duelen, y quien cree que someterse a tratamiento mientras no sufre de la boca es una coquetería, un lujo estéril. Inculcar en nuestros soldados la preocupación por la higiene bucal, hacerles adoptar prácticas de limpieza, decidirles a reclamar nuestros servicios a la menor molestia, es labor que realizan en el Ejército con gran entusiasmo nuestros compañeros. Cada odontólogo de brigada tiene la obligación de dar por los altavoces del frente charlas encaminadas a ese objeto y de escribir artículos de divulgación sanitaria en los periódicos que se editan para los soldados.

No olvidés, soldado, estas palabras del capitán Sabrás: «La boca es la puerta de la salud». Y también que dientes de acero dan salud de hierro. Defiende tu vigor conservando sanos y fuertes tus dientes, por si llega el caso—lo nuevo en la Historia—en que un pueblo tiene que defender su libertad a dentelladas.

JUAN FERRAGUT

La vida de los jefes del Ejército Popular, contada por ellos mismos



El comandante **ALVARO GIL** se sintió por primera vez revolucionario en Nueva York

Muros de romancero, con sus piedras milenarias calcinadas de siglos antiguos, en las que se rompen a cada hora quejumbrosamente las campanadas de los relojes viejos.

El comandante Alvaro Gil—ceñido el uniforme irreprochable del nuevo Ejército de la República a una silueta de *cowboy*—está recordando su infancia, sobretegida al borde abrumador de los monumentos seculares castellanos.

—En esa Castilla de los conventos y las catedrales nací, de una familia bien acomodada. Estudié. Luego, en Madrid, cursé el Bachillerato, y me presenté a unas oposiciones, en las que aprobé los primeros ejercicios. Pero antes de llegar a los últimos me cansé. Acababa de morir mi madre. Y me marché a América.

Alvaro Gil no desenreda en su relato aquella madeja espiritual, que, sin unir, trababa en su familia unos seres con otros, hasta que la muerte, de un guadañazo, la rompió.

—Cuba, Méjico, la Argentina, Norteamérica... La vida del emigrante que llega y trabaja en todo lo que sea—recuerda—. En Cuba me metí en el campo hasta donde yo era el único blanco entre aquellos trabajadores negros de las plantaciones de azúcar, acompañándoles con un cajón de ron Bacardí, a la manera de tambor en sus «congas» monótonas, los negros en calzoncillos y las negras en camisión, en las noches espesas de las Antillas, bajo la plata pulverizada de las estrellas.

«Si no sabe usted inglés, vaya al colegio», para trabajar en Nueva York

—Luego, desde Cuba, fui a Nueva York. Acaso la ciudad donde la vida es más difícil para el extranjero. Más difícil aún si el extranjero desconoce el idioma. Y yo lo desconocía. Y a cada demanda de trabajo se me respondía, invariablemente, que sin hablar inglés no había nada que hacer allí. *If you can't und estand english go to school.* Si usted no entiende inglés, vaya al colegio. Pero yo no fui. Y aprendí el inglés en la calle. En la necesidad. Y trabajé en los muelles, y luego fui taxista. En inglés. Mientras tanto, en castellano, empecé a sentir la revolución. En Nueva York, la ciudad donde la revolución parece menos posible—añade Alvaro Gil.

En Nueva York fué secretario de *Cultura Proletaria*, el portavoz de los grupos anarquistas españoles en los Estados Unidos. Y actuó decididamente con un ritmo violento de agitación.

—Hasta que en España se proclamó la República—dice.

En aquella República española del 14 de Abril

—Entonces—sigue diciendo Alvaro Gil—volví a España, y en Madrid comencé a trabajar con la Confederación Nacional. La España de la República del 14 de Abril, que yo desde Norteamérica venía imaginándome tan diferente de la España monárquica que había dejado al expatriarme, apenas si había experimentado moralmente un cambio de matiz. Socialmente era la misma España de los conventos, de las catedrales y de las familias bien acomodadas, como la mía. Y tan necesitada como aquella de una revolución. La que tenían que hacer los trabajadores. La que, a mi juicio, sólo podían hacer las organizaciones obreras de la C. N. T.

Para ganar su vida, Alvaro Gil se dedicó a viajar para la venta de accesorios de automóviles. Pero con la propaganda de sus artículos simultaneaba en sus viajes la otra propaganda revolucionaria, que acaso era para él más vital.

—Mientras tanto, intervenía también en mítines libertarios en varios pueblos. Y en alguno en Madrid. Y aquí, en Madrid también, fué donde, el 10 de Agosto, cuando el primer intento militar contra la República, la Policía me detuvo por haberme echado a la calle con un revólver, como muchísimos compañeros confederales, para ayudar, si fuera preciso, a las autoridades republicanas a sofocar aquella sublevación. Después, todavía en vísperas de la rebelión de Julio de 1936, la Policía andaba buscándome para ficharme como individuo peligroso. Era cuando yo emprendía un viaje comercial a San Sebastián, que el levantamiento del Ejército interrumpía.

La defensa heroica de Guipúzcoa frente al alzamiento militar

Al recordar aquellos primeros meses de la lucha en Guipúzcoa, cada una de las palabras de Alvaro Gil es como esas banderitas en un alfiler con que se va clavando sobre un mapa el contorno vibrante de la guerra.

—Al producirse el movimiento rebelde en San Sebastián, tiré el maletín de viaje y me apresuré a ponerme a las órdenes de la organización confederal. Teníamos que movilizar inmediatamente, frente al Ejército sublevado, unas Milicias que defendieran la causa popular. Y con esas Milicias luché en San Sebastián hasta que hicimos preso al jefe de la sublevación en la plaza, coronel Carrasco, y rendimos el cuartel de Loyola, que era el último reducto de los facciosos.

Luego cayó Irún. Y sobre San Sebastián avanzaban tres fuertes columnas de requetés, Tercio y Regulares, desde el mismo Irún y por Alsasua y Oyarzun. Resistimos así, mientras la resistencia fué posible. Después...

Alvaro Gil ha ido rehaciendo todo un trozo de historia heroica, que tenía ya entre nosotros, como un símbolo humano, la figura representativa del teniente coronel Ortega.

—Guipúzcoa se perdió cuando ya, por conservarla para la República, todo el esfuerzo de aquellos soldados improvisados no podía hacer más—dice Gil.

Entonces se trasladó a Madrid. Otra vez a disposición de la Confederación Nacional del Trabajo, con la que colaboró en la labor difícil del Comité de Defensa de Milicias Confederales, en la Sección de Información de los Frentes, que iba cambiando los grupos de combatientes libertarios, con su concepto antimilitarista, en auténticas unidades militares de un Ejército regular.

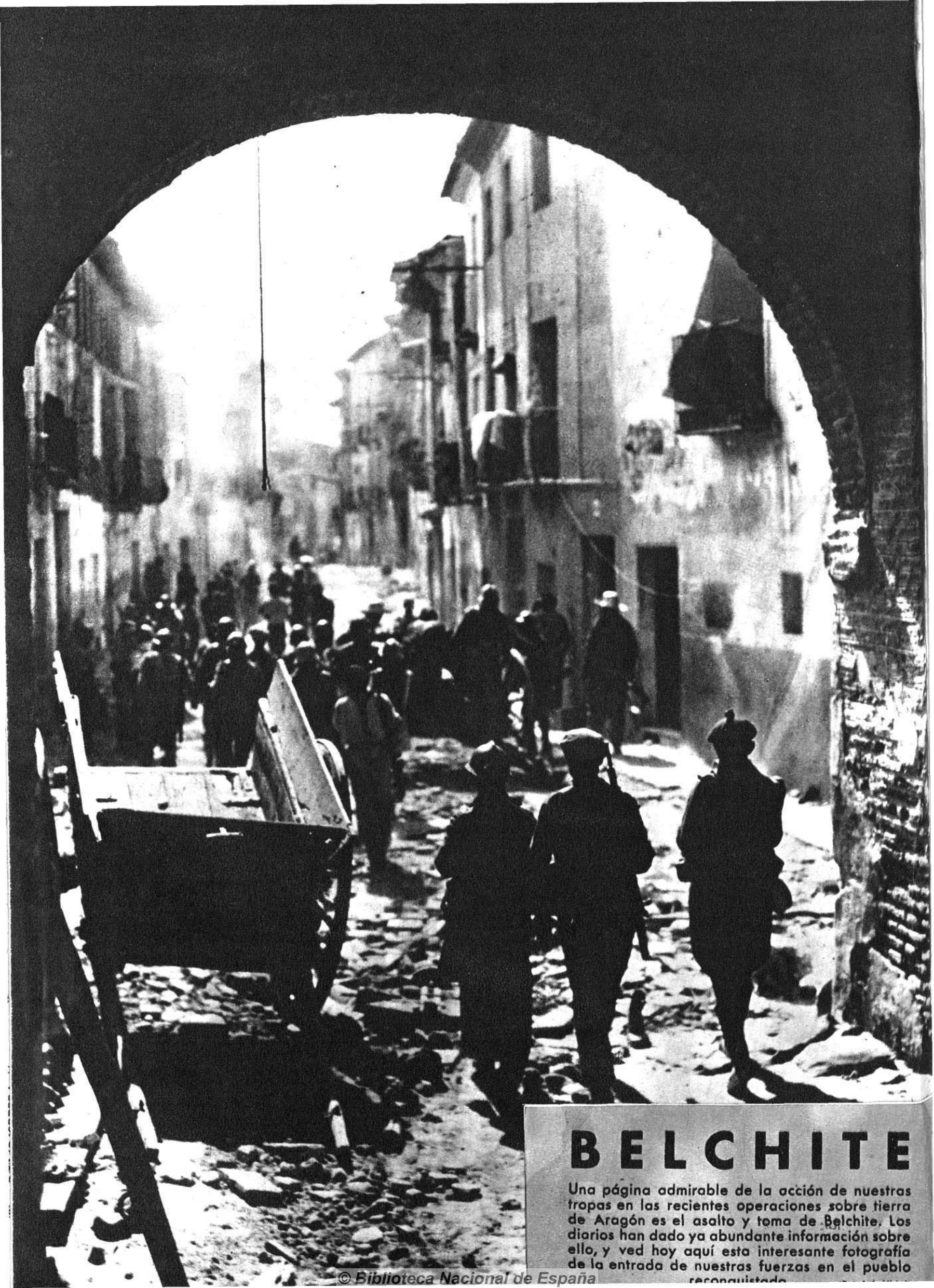
—Más tarde, por orden de la organización también, pasé, como comandante de un batallón, a una brigada de las que estaban cerrando los caminos hacia Madrid a las fuerzas facciosas, ya a la vista de los tejados madrileños. Siete horas de combate en la Cuesta de las Pérdices, cuando aun no había líneas de fortificación, pusieron a prueba, magnífica, a los hombres que la Confederación me confiara. Y al día siguiente salíamos para El Pingarrón, donde serían también mis soldados confederales los primeros en remontar la posición rebelde que había pasado a nuestro poder. Y en seguida—sigue contando el comandante—, Brihuega... La carretera general de Aragón, que iba haciéndose corta ante mis muchachos, tras la derrota de un enemigo fugitivo.

Después de la victoria de Brihuega, el comandante de batallón fué encargado de una brigada, y con ella, a Brunete.

—A oponernos al contraataque del enemigo, que había acumulado allí masas de artillería y aviación de un volumen extraordinario, con que reconocía nuestra potencia militar. El nuevo Ejército de la República está hecho. Con un espíritu combativo del que yo veo un ejemplo en cada uno de mis soldados. Con una disciplina que para mí encarna en cada uno de estos soldados míos de una manera ejemplar—termina orgullosamente el comandante.

Pero la vida que ha llegado hasta aquí no está acabada de contar. Y Alvaro Gil, comandante de una brigada, militar en la guerra, cuando la guerra acabe volverá a recordar a aquel español que empezó a ser revolucionario en Norteamérica y que por la revolución en España cifró en las tres letras confederales y libertarias toda su ambición ideal.

José ROMERO CUESTA

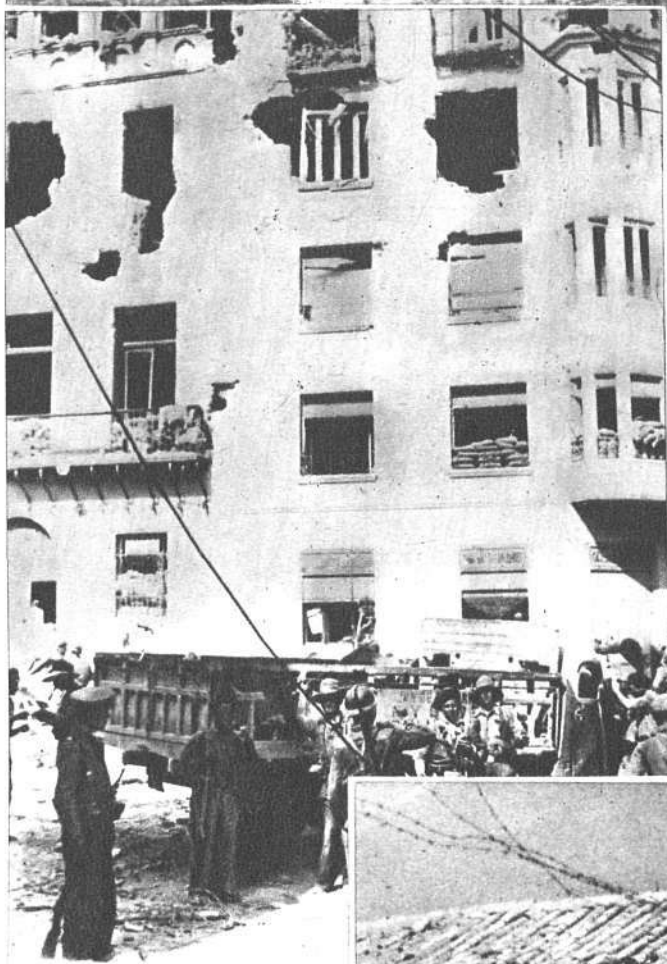


BELCHITE

Una página admirable de la acción de nuestras tropas en las recientes operaciones sobre tierra de Aragón es el asalto y toma de Belchite. Los diarios han dado ya abundante información sobre ello, y ved hoy aquí esta interesante fotografía de la entrada de nuestras fuerzas en el pueblo reconquistado.

La reconquista de BELCHITE,

centinela de ZARAGOZA



Momentos después de la ocupación: las fuerzas ante una de las más modernas casas del pueblo reconquistado



LA conquista de Belchite por el Ejército Popular es una rotunda victoria. Palmo a palmo, casa a casa, hubo que conquistar el pueblo, tenazmente defendido. El deseo de evitar víctimas inocentes, de causar el menor daño posible, retardó el momento de la ocupación. Había muchas mujeres y muchos chiquillos a los que había que salvar la vida, aun con riesgo de la propia, y sabiendo que aquella tardanza en ocupar el pueblo podía causar nuevas bajas en las filas leales.

El Alto Mando conocía, lógicamente, de modo perfecto, las circunstancias de tipo moral y material que concurrían en Belchite. Importancia estratégica, nudo de comunicaciones, cuña metida en la zona aragonesa ocupada por las fuerzas leales... Los diarios de estos días han dado ya la información de cómo se adelantó, en un avance de gran ímpetu, la línea ofensiva y de cómo después se estrechó el cerco de Belchite, hasta que este pueblo quedó en nuestro poder. Un círculo de fuego estrechó férreamente el pueblo. La lucha fué muy dura, y hubo en ella episodios en los que el arrojo de nuestras fuerzas alcanzó magníficas proporciones.

Fueron reducidos los últimos focos de resistencia. Cesó la lucha en Belchite. Camiones con prisioneros y material de guerra marcharon del pueblo ocupado hacia la zona de retaguardia. Un clamor de júbilo recorría las filas de las unidades que habían operado sobre esta tierra de Aragón. Era un nuevo pedazo de tierra reconquistada. Sobre Belchite ondeaba ya la bandera republicana, clavada con mano fuerte por el Ejército Popular.

FAUSTO LAMATA

El pueblo hubo de ser tomado casa por casa, en un alarde constante de arrojo y de valor

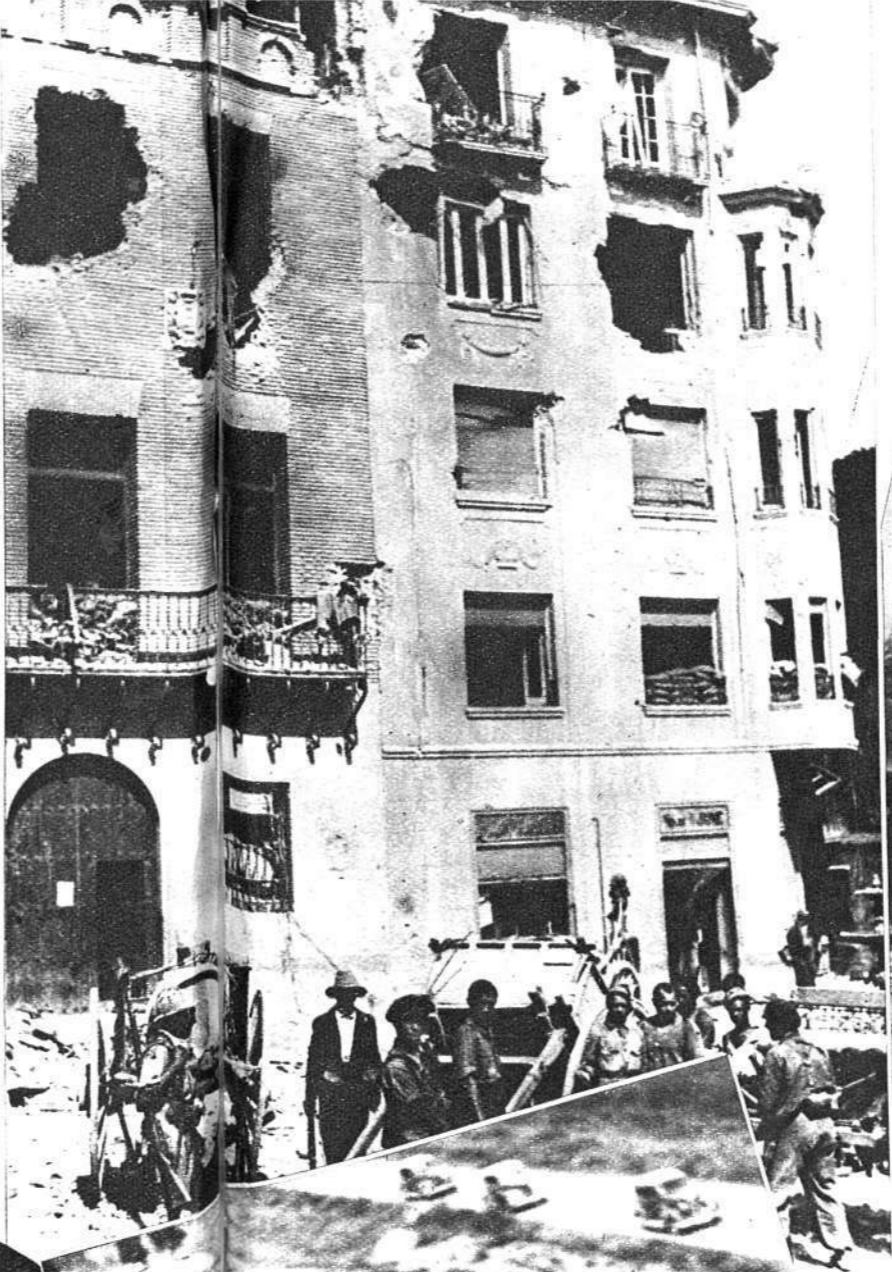
(Fots. Vidal Corella)

VICTORIA EN ARAGÓN

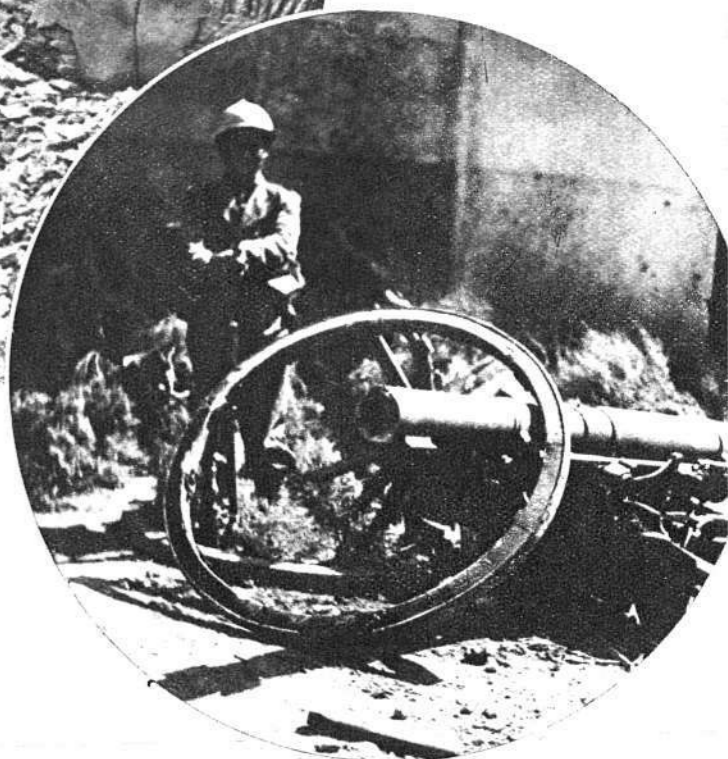


Algunos prisioneros salen de Belchite, camino de la zona leal de retaguardia, después de la ocupación del pueblo por el Ejército Popular, tras una serie de duros y victoriosos combates

El Ejército Popular → ha entrado ya, coronando las brillantes operaciones de los días últimos, en Belchite. Testimonio elocuente de la violencia alcanzada por la lucha son estos documentos gráficos. Las operaciones que han llevado a este resultado final del asalto de Belchite son una magnífica muestra de la potencia combativa adquirida por el Ejército Popular



← Para dominar Belchite, las fuerzas hubieron de ir tomando casa por casa, en un alarde constante de arrojo y bravura



La artillería leal destruyó con sus certeros disparos este cañón que los rebeldes tenían empleado en el pueblo →



← El estado de esta casa — con sus brechas trágicamente abiertas — da idea de la magnitud y la dureza de los combates librados por nuestras tropas para entrar victoriosamente en Belchite



Una de las acciones más destacadas en las operaciones que precedieron a la triunfal ocupación de Belchite fué la toma de esta estación de Pina
(Fots. Luis Vidal y Vidal Corella)



← Para conquistar el pueblo de Quinto hubo, primero, que asaltar estas trincheras del Santuario de Bonastre

↑ Las tropas en Quinto, ocupado en una de las brillantes operaciones que precedieron a la toma de Belchite

Palabras de viejo

DESPUÉS de una serie de rudos combates en las colinas de los alrededores, ocupamos el pueblecito, que había estado en poder de los fascistas desde principios del movimiento.

Ante la pujanza de nuestro avance, los enemigos huyeron del pueblo, del que tomamos posesión en las primeras horas de la mañana.

Mucha gente, para librarse de los accidentes propios de la guerra, habían huído a los montes próximos al iniciarse el combate; pero poco a poco fueron regresando al pueblo. Se repartieron las fuerzas, para descansar unos días, en las casas de los vecinos. De todos los camiones que van llegando se oye un armonioso y alegre conjunto de voces que entonan nuestro himno de guerra.

Por doquiera se ven grupos de alegres soldados, que con los campesinos comparten su entusiasmo.

Yo y otros dos chicos de mi compañía damos en casa de un modesto matrimonio de campesinos, con dos chicos y los abuelos, que también viven bajo su protección.

Hablamos de la importancia de nuestra lucha y de la recompensa que obtendremos el día de la victoria final. Unicamente el abuelo se muestra refractario a nuestro entusiasmo, y dice, con un sonsonete cansado, «que siempre habrá pobres y ricos, que éstos harán siempre su gusto y mandarán, y que no es posible cambiar nada en la faz de la Tierra, porque así ha sido por los siglos de los siglos.» El está muy escarmentado por su larga vida, y nadie le hará creer que unos hombres son diferentes a otros.

Estuvimos unos días en casa del «abuelo» donde nos hospedábamos. Llegaron los víveres que la Intendencia nos facilitaba. Nada en la casa había oculto para nosotros, ni nosotros lo teníamos para ellos. Compartimos con la familia y con los niños cuanto teníamos. Empezamos a recibir paquetes con «cosicas» que nos enviaban nuestros familiares, y nos dábamos prisa a hacer participar del regalo a nuestros huéspedes, prefiriendo, naturalmente, a los niños. El abuelo nos observaba. Nuestros chistes llegaban alguna vez a poner la risa en su semblante.

Llegó, por fin, la orden de marcha. Y entonces vimos que todos los semblantes se ponían tristes.

Estábamos preparando nuestros equipos, cuando vimos que el abuelo se acercó a nosotros, y con lágrimas en los ojos nos dijo:

—Hijos míos: A pesar de que yo creía que mi experiencia tenía razón, tengo que confesaros que me he equivocado. Mi recelo y la mucha propaganda que contra vosotros, «los rojos», me habían hecho me han tenido en una ceguera que hoy reconozco. No todos los hombres proceden igual, y creo que será posible esa vida mejor, más libre y más justa por la que vosotros lucháis. No he tenido más que ver vuestra conducta y compararla con la de «ellos». Han estado aquí. Eran gentes extrañas y hablaban una lengua para mí incomprensible. Sin embargo, hay un lenguaje que todo el mundo entiende: el de los pobres



¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente, MUNDO GRÁFICO dedicará una página a recoger los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

mucha suciedad y peor olor; así, que la higiene se imponía. Yo me puse a limpiar concienzudamente mi ropa. Eran las últimas horas de la tarde, y el enemigo, desde unas lomas lejanas, no se cansaba de hacer disparos. Ni poníamos atención. Las balas silbaban, unas, altas; otras, bajas; pero sin hacernos bajas.

Era ya casi de noche cuando terminé mi tarea. A pesar de mi esfuerzo, la muda no había quedado como para presentarla a un concurso. La pequeña charca se había enturbiado en seguida y las prendas no quedaban todo lo blancas que fuera de desear. Pero del mal, el menos. Las tendí, mejor dicho, las colgué en las ramas de una encina, y me fui a descansar, ya que aquella noche no tenía servicio de parapeto.

La noche fué un poco agitada. El enemigo no se resignaba a haber perdido sus posiciones, y estuvo todo el tiempo hostilizándonos con fuego de fusil y ametralladora.

A la mañana siguiente me levanté, y mi primer cuidado fué ir a recoger mi ropa. Allí estaba toda: seca, blanca, crujiente ya.

Pero en mi camiseta, en mis calzones, hasta en un pañuelo que había

puesto entre las ramas, se habían ensañado las balas enemigas durante la noche. La prenda que menos, tenía dos balazos: boquetes chamuscados, que no habría zurcidora que los arreglara.

Me lamentaba del desperfecto de mi indumentaria, cuando nuestro comisario político, enterado del caso, me dijo:

—No te importe, muchacho. Ahora es cuando tu ropa está verdaderamente limpia, después de haberse ensuciado en una trinchera fascista. Usala tal como está, rota y todo. Será tu mejor vestido. ¿No has oído decir que el fuego lo purifica todo? — JULIÁN COBO.»



Tras un avance de las fuerzas, las Brigadas de Fortificaciones consolidan las posiciones ocupadas en uno de los sectores del frente. (Fot. Díaz Casariego)

LA CRUZ ROJA Y LA GUERRA

La meritoria labor que viene desarro- llando la Sección de Frentes

El que haya conocido en toda su dureza la vida de las trincheras; el que haya visto la guerra en su rostro cierto, sabe bien el valor del pequeño obsequio, del recuerdo menudo, que cobra, frente al enemigo y bajo el peligro, un entrañable valor sentimental. Cosas que en la vida normal de las ciudades pasan inadvertidas, cobran allí, en las trincheras, una significación nueva, un mérito inédito y desconocido. El pliego de cartas, el lápiz, la hoja de afeitar... ¿Sabes tú, hombre de la ciudad tranquila, pacífico trabajador de la retaguardia, lo que todo eso—apenas nada, en la realidad—es para el hombre que vive ahora su vida en las trincheras?

Ese valor—material y sentimental al mismo tiempo—del pequeño obsequio, del recuerdo menudo, no podía pasar inadvertido para la Cruz Roja. El alma de ésta es poner siempre sobre el dolor un acento de consuelo, ser pañuelo en la pena y alivio en la soledad. Y su acción, por esto, había de llegar hasta la trinchera, para decir al hombre que combate que ella no olvida al que lucha y al que sufre.

En la compleja actividad, en la cada día más vasta organización de la Cruz Roja, hay una Sección de Frentes. Esta se ocupa de enviar a los soldados papel de cartas, sobres y tarjetas de campaña, todo ello creado especialmente para este fin por la institución. En el sobre y a la cabeza del papel hay unos dibujos alegóricos y estas palabras: «Soldado: La Cruz Roja no te olvida. Recuérdala tú siempre.» En los dibujos se ha huído deliberadamente de representar lo que hubiera sido doloroso—un herido, un camillero...—para los familiares que reciben la carta.

Se han enviado ya a los frentes bastantes millares de carpetas con papel y sobres. Los combatientes reciben con gran alborozo este pequeño recuerdo de la Cruz Roja. (Que les ha enviado también hojas de afeitar y pastillas de jabón).

Cada vez que uno de estos envíos llega al frente, el efecto es inmediato. En la Cruz Roja madrileña se recoge en seguida el eco de cómo es recibido aquel recuerdo en las trincheras. Cartas de los combatientes en signos de gratitud y envíos de dinero, recaudado entre los propios hombres de las trincheras y remitido a la Cruz Roja para contribuir a la obra generosa y fervorosa de ésta.

Esta Sección de Frentes comprende también un Servicio de Información, montado y atendido con una minuciosidad y un en-

El pequeño obse- quio al hombre que combate en las trincheras

tusiasmo magníficos. Soldados que por azares de la guerra, por traslados de evacuación, por las mil circunstancias que una hora como la actual impone, no tienen noticias de sus familiares, se dirigen a la Cruz Roja, y ésta se ocupa—directa y personalmente—de conseguir el paradero de esos familiares y obtener de ellos las noticias buscadas. Familias que no saben en qué hospital está el combatiente herido tienen también un modo de obtener noticias por este Servicio Informativo de la Cruz Roja. No hace falta encarecer el valor sentimental que hay en estos Servicios, caracterizados, como toda la gestión de nuestra gran institución humanitaria, por un pro-

“Soldado: la Cruz Roja no te olvi- da. Recuérdala tú siempre”

fundo acento humano de ayuda y de fraternidad.

Para el hombre del frente, nada hay comparable a la sensación de saber que a su espalda hay otros hombres que piensan en él y de él se ocupan. Sólo el que ha conocido la vida de las trincheras sabe bien lo que significan muchos de esos recuerdos y obsequios materiales y sentimentales. La Cruz Roja, en este sentido, ha comprendido perfectamente todo lo que se debe al soldado. Tienen razón esas palabras escritas a la cabecera del papel enviado a los nombres de las trincheras: «Soldado: La Cruz Roja no te olvida. Recuérdala tú siempre.»



Ese hombre misterioso que nos ofrece víveres

El Ministerio de Economía y Hacienda ha fijado los precios máximos de venta de algunos de los principales artículos de primera necesidad.

Entraña la medida el abaratamiento de ciertos productos. Pero el objetivo principal de la tasa es el de acabar con los abusos de la especulación, poner coto a los excesos de los logreros de la guerra.

Plausible el decreto, servirá de barrera a los apetitos de los comerciantes sin conciencia. En régimen de tienda abierta no se podrán cometer abusos y fraudes con el público consumidor; la venta callejera se hará más honesta, por temor a la sanción decretada.

Pero ¿se consigue con esto, sólo con esto, evitar la especulación abusiva de que es víctima el consumidor en la España leal y, sobre todo, en este heroico y sufrido Madrid?

El comerciante oficial y el vendedor autorizado no cometerán, ciertamente, desmanes. Pero así como se dice que el malhechor más peligroso y contra el que es más difícil la defensa es el ladrón doméstico, en este problema de los abastos la guerra ha creado un tipo de especulador que por anónimo, por sagaz, por sinuoso, es el más difícil de extirpar: es—tipo nuevo en nuestra picaresca—ese hombre amable y misterioso que nos ofrece víveres con el aire tácito y protector del que nos hace un gran servicio.

El nuevo decreto fija los precios máximos de los artículos, y el comerciante o vendedor con responsabilidad se guardará muy mucho de burlarlos. No será posible por ahí el lucro numerario; si acaso, podrá haber el leve escape de un pequeño fraude en la cantidad, dado el sistema actual de venta por paquetes ya hechos y no pesados a la vista del comprador en el momento de la expendición. Pero esa sisa, grata a Mercurio, carece, al cabo de importancia.

Lo grave es la especulación privada, esa

legión de hombres amables y misteriosos que llenos de buena voluntad se sacrifican en contribuir al avituallamiento de sus semejantes. La nueva ley de tasa fija, por ejemplo, el precio de la docena de huevos en quince reales. Para nadie es un secreto que en Madrid, y en ese comercio clandestino y privado, se está vendiendo la docena de huevos ¡a quince pesetas! Y en la misma indignante proporción se expenden las judías manchegas—¡a seis pesetas kilo!—y el aceite, y toda esa serie de indefinibles embutidos cuyo análisis sería la desesperación del más experto químico.

¿Por qué se compra, por qué se paga así?, se objetará. Es la necesidad, que no reconoce ley. Pero que la necesidad exista no puede justificar jamás que haya quien de ella haga logro y abuso. Sin contar con que los mismos que de ella se lucran son los primeros interesados en que la necesidad exista y contribuya a sostenerla y a incrementarla. Si los artículos que esos especuladores compran y acaparan con destino a un comercio, usurario llegarán por vía normal al mercado, la necesidad cedería en un considerable porcentaje.

Y he aquí la clave de la cuestión: ¿dónde encuentran, por qué pueden comprar esos especuladores víveres que a los demás ciudadanos nos están vedados? Si no pudieran adquirirlos libremente, no podrían especular usurariamente con ellos.

Pero los turbios negociantes tienen muchos caminos todavía abiertos. Hay en la España leal zonas a las que, dicho es, no ha llegado la guerra, y donde hay de sobra de todo o de casi todo lo que en el heroico Madrid falta. Y allí van a aprovisionarse los logreros, no importa a qué precio. Madrid pagará después.

Ahí está el origen del abuso, porque ahí es donde se genera la injusticia. Ella nace de la desigualdad. Mientras Madrid, héroe y mártir, está racionado, otros pueblos españoles, más dichosos, no conocen límites en el comercio ni en el consumo. Comen todo lo que quieren, y les sobra para vender; y lo hacen, egoístamente, al mejor precio. Esa codicia hace que en el mismo sitio donde a los compradores por cuenta del Estado y del Ayuntamiento de Madrid se les ponen dificultades y donde se niegan víveres a las Comisiones de Cooperativas obreras que van de Madrid a adquirir géneros, los encuentran abundantemente los especuladores. Ellos no regatean; ellos, seguros de la ganancia enorme y clandestina, pagan cuanto les piden.

La solución al problema está en atacar su raíz. Evitar la desigualdad, corregir la injusticia,

nivelar a todos los españoles en idéntico sacrificio; que el racionamiento se imponga, como en Madrid, en todos los pueblos de la España leal; prohibir el comercio privado de víveres, considerándolos como artículos de guerra; que sólo el Estado, los organismos oficiales y las entidades con autorización y responsabilidad, puedan comprar y vender géneros alimenticios.

Racionamiento general y prohibición del comercio privado. Por ser ley de la necesidad, será justa ley de guerra. Así desaparecerá de entre nosotros ese hombre misterioso—mal engendro de la guerra—que nos ofrece víveres por diez veces su valor. Y si aun algún ejemplar de esta fauna turbia pudiera escurrirse por entre las mallas sutiles del contrabando, no se vacile en poner en práctica la austera consigna de todas las guerras y todas las revoluciones honestas: «Pena de muerte al ladrón».—J. F.

“NOGAT” Producto especial MATA-RATAS



El mata-ratas NOGAT constituye el producto más cómodo, rápido y eficaz para matar toda clase de ratas y ratones. Se vende a 50 céntimos paquete y a 10 pesetas la caja de 25 paquetes, en las principales farmacias y droguerías. Dirigiéndose al Laboratorio, se envía por correo la cantidad que se desea, mandando antes, por Giro Postal o en sellos de correo, el importe, más 50 céntimos para gastos de franqueo. Producto del Laboratorio Sokatarg. Calle del Ter, 16, Barcelona.

LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA

MUNDO GRAFICO ha publicado en sus últimos números los mapas siguientes de los frentes de lucha:

- Frente de Guadalajara (31 de Marzo) *
- Frente de Córdoba. Sector de Pozoblanco-Peñarroya (7 de Abril)
- Frente de Vizcaya (14 de Abril) *
- Frente de Huesca (21 de Abril)
- Frente de Teruel (28 de Abril)
- Frente de Córdoba y Jaén (5 de Mayo)
- Frente del Jarama (12 de Mayo)
- Frente del Tajo (19 de Mayo)
- Frente de León (26 de Mayo)
- Frente de Somosierra (2 de Junio)
- Frente de Navacerrada y Segovia (9 de Junio)
- Frente Oeste de Vizcaya (30 de Junio)
- Frente Sur de Santander (7 de Julio) *
- Frente del Centro (14 de Julio) *
- Frente de Asturias (21 de Julio)
- Frente de Albarracín (4 de Agosto)
- Frente de Granada (11 de Agosto)
- Frente de Aragón (18 de Agosto)
- Frente Norte de Santander (25 Agosto)
- Frente Occidental de Santander (8 de Septiembre)

Los números señalados con un * están agotados. En nuestros números próximos publicaremos los mapas de otros escenarios de la guerra.

APOPLEJIA - PARALISIS -

Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión. Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, rama o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vómitos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias médicas de varios países. Suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y logrando así con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2. Barcelona, Segalá Rbla Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

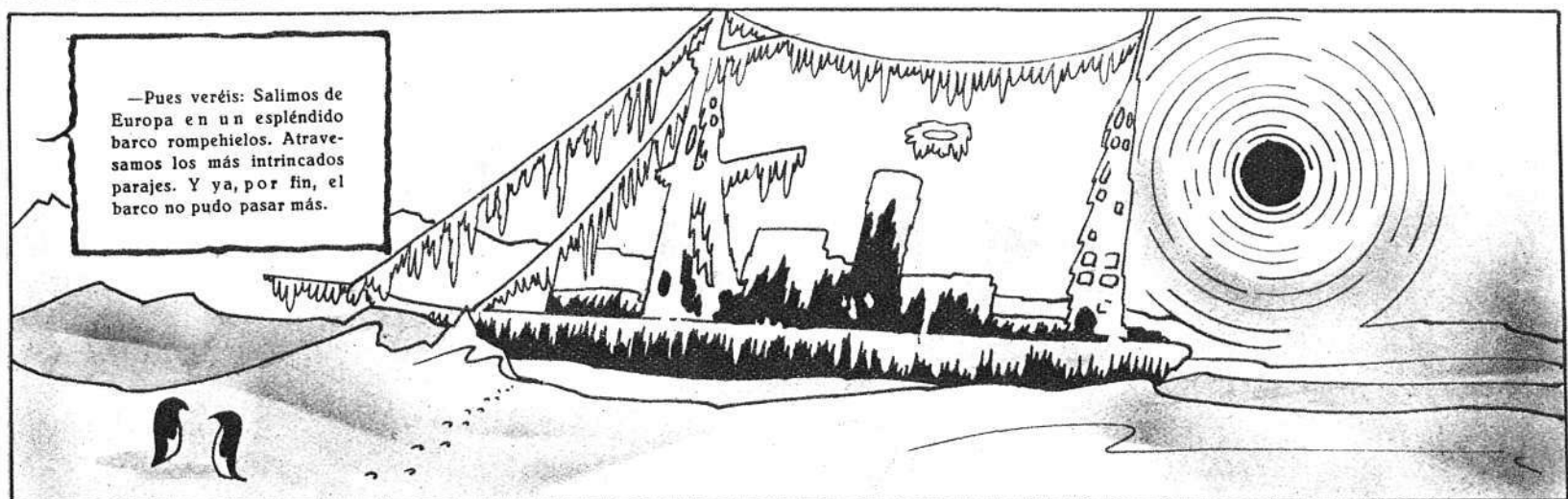
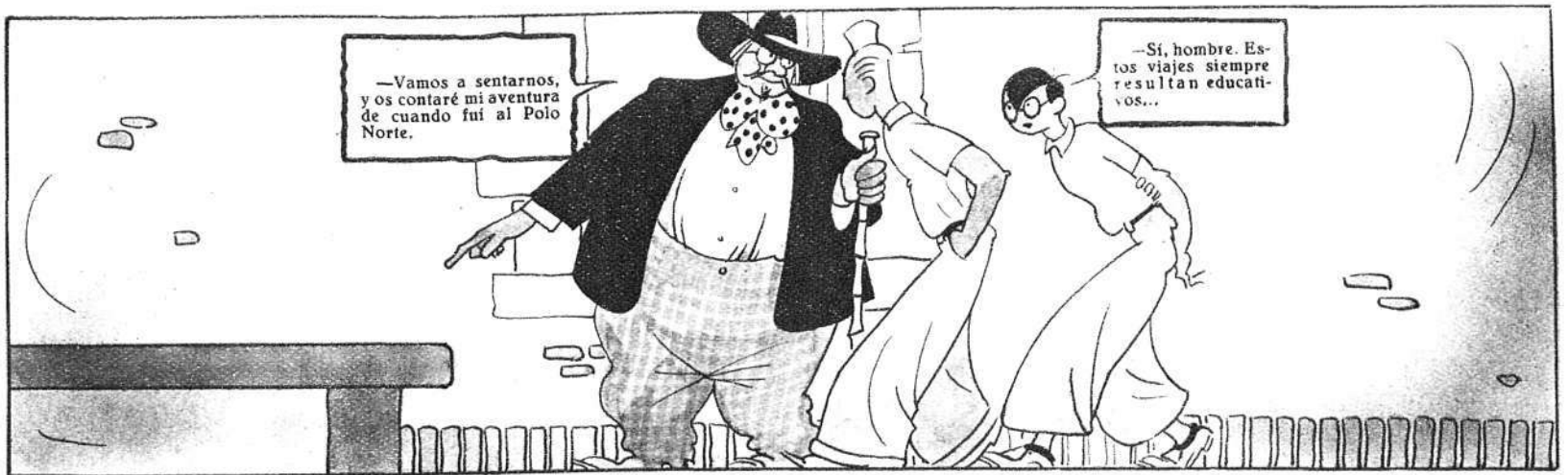


¿Quiere V. crecer 8 centímetros?

Lo conseguirá pronto a cualquier edad con el grandioso CRECEDOR RACIONAL. Procedimiento único que garantiza el aumento de talla y el desarrollo. Pedir explicación, que remito gratis, y quedaréis convencidos del maravilloso invento, última palabra de la ciencia.

Dirigirse a D. Joaquín Llorís, Sucesor del Profesor Albert. Pi y Margall, 36, Valencia (España)

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLO



La vida el amor y la muerte de Mata-Hari



Final de boda

EL capitán Mac-Leod quedó apasionadamente prendado de Margarita Zelle en aquella primera entrevista, celebrada en un hotel de La Haya, mientras fuera, en la plaza de la ciudad, caía incansablemente la nieve. La feminidad y la belleza de aquella mujer, su extraño encanto indefinible, sugestionaron el alma del capitán. Desde aquella misma tarde fueron novios.

Y muy pocos meses después se casaban. La boda se celebró, con gran pompa, en Amsterdam. Familiares y amigos de Mac-Leod quedaron sorprendidos ante la gracia y la juventud de Margarita Zelle, cuya belleza, bajo las galas de la boda, adquiría una nueva fascinación. Mucha gente se agrupó a la puerta de la iglesia para ver la salida del cortejo. Desfilaban damas elegantes, jefes y oficiales del ejército. Cuando la rovia aparición del brazo del capitán, un murmullo de admiración acogió su presencia. Hacía mucho tiempo que en Amsterdam no se había visto una mujer de tal belleza. Ese día, en los hogares de la ciudad se recordó constantemente a la muchacha que por la mañana se había casado.

En la isla remota y misteriosa de Java

Roberto Mac-Leod volvió al servicio activo. Regresó con su esposa a las colonias. Una numerosa servidumbre javanesa les acompañaba.

La vida nueva, llena de ritos, emociones y leyendas de un extraño sabor, de la isla de Java, impresionó profundamente a la mujer. Su sensible espíritu vibraba ante todas aquellas sensaciones de un mundo y un ambiente para ella desconocidos.

Se entregó apasionadamente al estudio de la literatura oriental. Se pasaba horas y horas ante los textos religiosos. Todo ello iba haciendo un surco profundo en su alma.

Tuvo el primer hijo, muerto a los pocos meses de nacer. La desgracia fué para ella una catástrofe, y a punto estuvo—por el dolor, por la influencia del ambiente, por la pasión con que se entregaba a los libros de misterio y de difícil sentido—de perder la razón.

Nació después otro hijo. Esta vez, una niña, a la que bautizaron con el nombre de Luisa Juana.

Margarita Zelle continuaba viviendo una vida de gran intensidad espiritual. Pasaba horas y horas entre los naturales del país,

asomándose a sus costumbres, a su extraña psicología, a sus ritos inquietantes. Iba constantemente a los templos milenarios de la isla de Java, en los que se abstraía ante los ídolos monstruosos, en los rincones de misteriosa penumbra.

Discordia

No fueron felices. La mutua ilusión se pasó pronto. Empezaron las reyertas, las incomprensiones. Un vacío cada vez mayor separaba aquellos dos seres. Las escenas lamentables se sucedían sin pausas.

¿Culpa de él? ¿Culpa de ella? Hay testimonios distintos. Según unos, el capitán era un libertino, jugador y alcohólico, que no llegó a sentir el menor respeto por su esposa ni por su hogar. Según otros, ella era infiel, egoísta, de sentimientos mezquinos.

Culpa de uno, culpa de otro, el hecho es que el matrimonio rodaba por una pendiente de discordias cada vez mayores. Hubieron de intervenir los familiares de los dos y los superiores del capitán. Una noche, como tantas otras, éste se emborrachó. En su embriaguez, envió al ordenanza a buscar unas cuantas mujeres a una casa de mala nota. Cuando éstas llegaron, el capitán se dirigió a la habitación de su esposa y con el látigo en la mano la obligó a tomar parte en una desenfundada orgía.

Cinco años vivieron en la isla de Java.

Cinco años en los que, pasado el primer tiempo, la vida fué de infierno casi siempre. Un día, muy poco después de aquella escena de una noche inolvidable en la vida de Margarita, embarcaron para Amsterdam. El iba trasladado a la metrópoli.

Aquella noche...

En Holanda continuó aquella vida imposible. La reyerta seguía, aumentada ahora por la escasez de dinero. Al regresar a Holanda, los ingresos eran menores para el capitán, y su sueldo no le bastaba para la vida de libertinaje que quería llevar.

Crecían las deudas. El dinero era la obsesión del capitán. Necesitaba dinero para beber, para jugar, para salir de aquella maraña de acreedores que iban envolviéndole como en una red tupida y angustiada. El matrimonio estaba ya en la pendiente. Una noche, el capitán arrojó a la mujer a la calle, para que trajera—fuese como fuese—el dinero que él necesitaba.

Y aquella misma noche Margarita regresó al hogar con el dinero pedido. En su rostro se fundían la pena, la vergüenza y la ira. Arrojó sobre la mesa del hogar unas monedas y unos billetes. Y después se marchó a su cuarto, para abrazar, llorando, a su hija inocente.

(Continuará en el próximo número)

(Dibujo de Boye)

RIALTO

10.^a SEMANA
de gran éxito de
en la película
Angelilla española

**Centinela,
alerta**

Ana M.^a Custodio
y
Luis Heredia

Espectáculos

FIGARO

**3 LANCEROS
BENGALIES**
grandioso éxito

Madrid-París

Todos los días,
grandioso éxito

BOLERO

Calatravas

Exito grandioso del
film español

Así venceremos

Realizado por y para el pueblo
Film F. R. I. E. P. C.

y
**El
Vidente**



ZARZUELA

Teatro de Arte
y Propaganda

**Los líteres
de
Cachiporra**

de
García Lorca



SALAMANCA

La interesante superproducción

EL TRIUNFO DE LA CARNE

Palacio
de la Música

5.^a SEMANA
de éxito grandioso

**MARES
DE CHINA**

DURRUTI

Grandioso éxito

LUPONINI

El terror de Chicago

¡Una ciudad en
peligro de muerte!

Un film de in-
tensa emoción

2.^a CAPITOL
semana

**UNA NOCHE
en la
OPERA**

POR LOS HERMANOS MARX

TIVOLI

2.^a semana

REBELLION

a bordo

La película
inolvidable

